

Madrid, 21 agosto 1916

Arte y naturaleza  
(Diálogo de sapatero)

(Recogido en "De esto y de aquello",  
Tomo IV)



—Y ahora vamos a hablar por hablar—dijo—, porque esto es siempre más franco, más noble, más puro que hacer que se hace. Nosotros, como sabemos hablar por hablar, apenas necesitamos literatura. La literatura es cosa de los pueblos mudos, tartamudos o callandrones. Escribiendo se vengan de no saber hablar por hablar.

—Pero el escrito queda, y a la palabra se la lleva el viento—replicó el otro.

—Habría que ver—contestó aquél—si el escrito queda y qué es eso de quedar, y habría que saber adónde se lleva el viento a la palabra.

—¡Al viento mismo, claro está!

—¿Es decir, que el viento viene y va cargado de palabras?

—Sí; pero de palabras muertas...

—La palabra no muere, la palabra es inmortal, la palabra fué antes que fuese otra cosa creada y será cuando toda otra cosa deje de ser. Y este viento nos excita a pensar y a hablar, a darle nuestras palabras, porque viene cargado de ellas. Este viento es un viento conversacional. Siembra en las entrañas de nuestros pechos las semillas de las palabras que en él se sepultaron, y esas semillas nos dan nuevas palabras que florecen en nuestras bocas. Vamos, pues, a hablar por hablar y que los otros hagan literatura; es decir, que piquen la piedra berroqueña del escrito.

—Si es para hacer estatuas bellas...

—¡Las estatuas son mudas, no dicen nada!

—¡Oh, no! Las estatuas hablan y dicen y cantan. La estatua de Memnón, estatua de granito, cantaba al romper el alba.

—Era el viento el que cantaba dentro de ella.

—Hay, pues, que hacer estatuas para encerrar en ellas al viento y obligarle a que cante. Porque el viento no canta ni habla ni dice nada sino cuando se le encierra. Es como el vapor, que encerrado en una caldera arrastra un tren y dejándolo libre se pierde en nube.

—¿Se pierde? No, no se pierde. Va a llover acaso en tierras resquebrajadas de sequía, va a surtir manantiales, va a rociar flores. Pero ahora hablemos por hablar, que ya se llevará el viento nuestras palabras a enredirlas en cualquier coloso de granito, entre las grietas y rendijas de su cuerpo, y cuando rompa el alba saldrán de él nuestras palabras cantando, como salen cantando con sus alas las abejas de la colmena. Hablemos, pues, por hablar.

—Yo tomaré nota—replicó el otro—para fijarlas por escrito, para que queden, para hacer literatura.

—Y eso, ¿para qué sirve?—preguntó aquél.

—Sirve para que tú leas lo mismo que has dicho, para que veas tu palabra. Hacerle a uno leer lo que ha hablado es ponerle un espejo delante del alma. «Pero ¿he dicho yo esto?», se pregunta. Siempre he creído que el fin humano de las artes no es sino enseñar a los hombres a ver la Naturaleza. Toma la pintura de paisaje, por ejemplo, y fíjate en que su valor es enseñarnos a ver el paisaje no pintado, el de verdad, el natural.

—Pero ¿estás seguro de que el paisaje natural no está pintado?

—Digo, pues, que cuando los hombres aprendan a ver estéticamente el paisaje, a pacerlo con la mirada, a recrearse viéndolo y con su visión, entonces estará de más la pintura de paisaje. Siempre es más bello el paisaje natural y vivo que no el pintado.

—¡No; eso, no! El paisaje pintado es el visto por otro. Y lo que perfecciona y colma la sociedad, lo que hace la Humanidad, es que sepamos ver lo que ven los otros; es que ya vea el paisaje que ve mi prójimo; es decir, que lo vea con sus ojos, o, mejor, que lo sienta con su corazón. Hay tantos paisajes como ojos de hombres lo ven, y la armonía y el consorcio, y acaso la fusión de todos esos paisajes, es el paisaje humano, es la suprema belleza. Si fundes un millón de fotografías de un mismo objeto y haces una compuesta, no tendrás mas que la reproducción objetiva, científica, o, si quieres, estadística, del mismo objeto; pero si fundiéramos en uno un millón de retratos artísticos, humanos, del objeto ese obtendríamos el objeto humano o, más bien, divino. Si fuese una encina o un olivo, tendríamos la encina o el olivo tal cual vive y florece y fructifica en la mente de Dios, que es el lugar común de las mentes todas de todos los hombres que han pensado, de los que piensan y de los que pensarán.





—Hombre, ¿y eso que dicen de que hay hombres salvajes tan degradados que nada ven en una fotografía o en un retrato? Dicen que si se les presenta un retrato de uno de ellos le dan vueltas y nada ven allí.

—Es porque tampoco se ven a sí mismos, ni los unos a los otros.

—Pero se conocen.

—Acaso por el olor, como los animales. Porque un león que no reconoce a un león bien pintado y no se detiene ante él, tampoco se conoce a sí mismo. Como que es el arte el que nos trae al conocimiento propio.

—¿El arte o la ciencia?

—El arte, el arte, no la ciencia; la ciencia no! La ciencia es estadística. La forma analítica de una curva no enseña a ver la curva. ¿Te gustaría que te diesen la fórmula analítica de la redondez del pecho de tu amada?

—Bueno; cuando entra el amor...

—Y el amor entra siempre en el conocimiento. Nadie puede conocerse a sí mismo si no empieza por amarse. Y el que haya tan pocos que se conozcan a sí mismos depende de que son muy pocos los que a sí mismos se aman. El precepto aquel de «ama a tu prójimo como a ti mismo» nos manda amarnos, y cabe traducirlo así: «ámate a ti mismo como amas a tu prójimo!» Acaso para muchos estaría más claro así.

—Pues ¿cómo dicen tantos maestros de la vida espiritual que es el amor propio lo que más estorba al propio conocimiento?

—Porque por una de esas trágicas antinomias del lenguaje, que suele decir lo contrario de lo que quiere, eso que se llama amor propio es todo lo contrario de amarse a sí mismo como debe uno amarse, como se ama al prójimo.

—¿Al prójimo?—exclamó el otro—; al prójimo contra una esquina, como dice muy bien el dicho decidero.

—Y a sí mismo también! Cuando uno se quiere a sí mismo de veras se da contra una esquina. Es el mejor modo de enterarse uno por el dolor y la irritación, de que es él y no otro, de que existe. No has oído lo de que «quien bien te quiere te hará llorar»? Pues si uno se quiere bien se hace llorar a sí mismo.

—Sí, enseñanzas ascéticas. Todo eso es, dicen, para ganar la gloria del cielo.

—Y aunque no hubiese gloria ni cielo. Vivir es estar despierto, no soñar; y cuando uno siente que el sueño, que es la muerte, le

gana, ha de pellizcarse y hostigarse, y torturarse si es preciso, para que el sueño no le coja. No hay mejor antihipnótico que el sufrimiento.

—Pero ¿no es mejor dormir sin dolor a vivir sufriendo?

—No; nada es mejor que vivir, sea como fuera, aunque sea sufriendo. Y si el que sufre aprende a vivir su sufrimiento, a hacerlo fructificar, ¿qué más quiere? ¿No recuerdas lo del «dolor sabroso» de la Santa de Ávila? Conoce la sabrosidad del dolor el que sabe conocerse porque sabe amarse libre de ese otro amor propio.

—Pero ¿no puede eso degenerar en sufrir por sufrir?

—Sufrir por sufrir es algo como hablar por hablar. Se habla por hablar para sentirse pensar, y se sufre por sufrir para sentirse sentir, para sentir uno que siente y así vivir. Y aquel canto que entonaba al rompimiento del alba el coloso de granito dicen algunos que era un quejido, que se quejaba al sol que iba a nacer.

—¿Y de qué se quejaba?

—¿De qué iba a quejarse, hombre de Dios...! Se quejaba de ser coloso de granito, porque quería ser, como Eolo, de viento. Era cosa de arte y aspiraba a ser cosa de naturaleza. ¿No has visto paisajes pintados en que se ve el esfuerzo de la pintura por dejar de serlo? Son obras inquietas, obras que se estremecen de pasión. Nada me choca lo de aquel pobre escultor que se volvió loco y murió creyendo que le había esculpido a él una de sus esculturas y se daba coscorriones de cabeza contra la mano de la estatua para que ésta se la modelara mejor. Nada me chocaría que un pobre escultor jorobado que tallara una soberbia Venus se apretara la joroba contra el pecho marmóreo de la diosa para que se la curara. O que forjase un Apolo de bronce para que le encerraran en su molde y perecer allí.

—Lo que sí sé—añadió el otro—es de algún escultor que, como Parsifal se encerró en una vaca de artificio para que la gozara el toro amado, se encerró en un Apolo de bronce para mejor enamorar a la mujer amada. La engañó al pronto, pero muy luego se dió ella cuenta de que es terrible la carne enferma y débil abroquelada en bronce de arte.

—¿Ves adónde conduce el hablar por hablar?

Miguel de UNAMUNO

